

SIMBOLISMO DE TEZCATLIPOCA ESPECULACIÓN

*Luis Barjau **

Entre las deidades nahuas que por sus atributos fueron usadas por los españoles como pretexto para descalificar la religiosidad mexicana, interpretándola como algo maligno, Tezcatlipoca jugó un papel central. La faceta truquera de esta deidad fue tomada como el todo de un espíritu embaucador, el diablo mismo que había engañado al México antiguo, con sus ardidés maléficós. Así, en Tula, tienta y engaña a Quetzalcóatl, divinidad perdonada por franciscanos y dominicos, pues se le atribuyó una conducta honrosa comparable con la de personajes del santoral católico: de hecho Durán lanzó la idea de que esa divinidad no era sino Santo Tomás que había estado en Mesoamérica predicando el Evangelio antes de la llegada de los españoles. De este modo la iglesia católica se reservaba una suerte de ariete doctrinario que daba pie para inyectar la concepción cristiana del mundo, en todo un continente cuyos habitantes habían escapado a las consideraciones y a la tutela de Dios, explícitas en las Sagradas Escrituras. Del mismo modo, ya que Tezcatlipoca había engañado a Quetzalcóatl, se comprobaba cómo la historia idolátrica de los mexicanos era un resultado luciferino: había triunfado el mal en tierras americanas, pero allí estaban los conquistadores españoles para redimir a todos los habitantes del continente. Esta operación teológico-política fue planteada por los primeros franciscanos que pisaron tierra americana, y perfeccionada por los dominicos que llegaron inmediatamente después. Motolinía (uno de los doce monjes franciscanos que llegaron a Veracruz en 1522) ya había notado que las frugales

* Investigador de la Dirección de Estudios Históricos del INAH.

costumbres de los indígenas, representaban una correspondencia natural con los severos hábitos de los mendicantes franciscanos, *i fioretti* del santo varón de Asís. Tomó precisamente el sobrenombre de Motolinía (“pobrecito” en náhuatl) pensando que si bien los indios se lo aplicaran a él al observar su condición de mendicante y la austeridad de sus costumbres y de su vestido, muy bien les correspondía también a ellos mismos, seres dejados de la mano de Dios.

Otro franciscano —Sahagún— habría de establecer que la persistencia de la idolatría entre los mesoamericanos, representaba el triunfo de satanás sobre la débil moralidad de éstos, y fundamentaba su tesis con el libro *Sabiduría*, de las Sagradas Escrituras: la idolatría era un vicio que posponía la relación del verdadero Dios con los indígenas, substituyéndola por un conjunto de prácticas demoníacas.

Por fin Durán, dominico, sostuvo que Quetzalcóatl no era otro que Santo Tomás, quien había predicado el Evangelio en tierras americanas, pero había sido engañado por Tezcatlipoca.

Por eso, la saga mitológica de “la gentilidad”, adulterada en mucho por sus narradores cristianos, hace aparecer a Tezcatlipoca como un “nigromántico” embaucador, que engaña a Quetzalcóatl para derribar un principio civilizador muy parecido a los del mundo cristiano, y que habría florecido en la antigua Tula, ya que Quetzalcóatl fue considerado hombre blanco, barbado, enemigo de los sacrificios humanos; desterrado hacia el oriente, habría de volver personificado en el conquistador, para redimir al mundo de Anáhuac de su maldad ancestral.

En este proceso, que utilizó la figura del dios principal de los aztecas para contrastar malignamente un principio “civilizador”, Quetzalcóatl, quien a su vez servía para emparentar la mentalidad indiana con la cosmovisión judeocristiana, Tezcatlipoca apareció mutilado, con significado y atributos la mayor parte de las veces nebulosos y confusos, y sólo claros cuando es obvia su naturaleza diabólica, que confunde y pervierte el ánimo de sus adeptos.

Pero quedaron, acerca de su función divina, las advocaciones

traducidas por sus múltiples nombres, sus representaciones pictóricas y estatuarias, así como por muchos pasajes de su gesta mítica, que es posible entresacar de las distorsiones ideológicas que los misioneros les imprimieron con posterioridad.

Los atributos de Tezcatlipoca son morales, punitivos, y, singularmente (aspecto inobservado en que debemos poner énfasis), metafísicos: están referidos a la identidad subjetiva del ser; ya que entre el numen y el ser hay un espejo mediante el cual se cae en la cuenta de la verdad. Éste es el caso del pasaje mítico de Quetzalcóatl, que hace conciencia de su decadencia personal, de la del pueblo que gobierna, y cuya verdad lo destrona y lo aniquila. Éste es el caso también de los sacerdotes de los ritos de tóxcatl, que habrían de guardar especiales precauciones al momento de la confesión ante el dios, pues el ocultamiento de una falta contraía graves castigos y aun la muerte. Éste es el caso de una característica de la propia deidad: aquella de ver el mundo de los hombres y sus vicisitudes a través de su espejo de oro, para enmendarlo o condenarlo a voluntad.

Por supuesto que toda advocación divina implica una situación per se metafísica; pero queremos aquí llamar la atención sobre la *singularidad* metafísica de esta divinidad dotada de un espejo: el ser cae en la cuenta de su propia realidad al observarse en la deidad que es, ella misma, espejo y no un patrón preestablecido de conducta; no un conjunto de leyes divinas. Lo metafísico en esta deidad, es una función que confiere el hombre, y el dios es solamente un medio (*medium*) para alumbrar la verdad individual de que se trate, y no una única regla divina común a todos. Como espejo, Tezcatlipoca es luz que destaca la particularidad de los individuos. Por eso ante él estamos ante un gran peligro: la imposibilidad del ocultamiento o de la inconsciencia. Al fondo de *nosotros* (ya que ante la deidad-espejo estamos pues, a la vez, frente a nosotros mismos) hay un espantable abismo en cuyo fondo existen fieras temibles, o donde nos convertimos en piedras al caer. Esto, formulado en modo distinto pero que no altera su sentido lato, queda así: ante la perspectiva

de *todo* el conocimiento de nosotros mismos, damos con la autodestrucción y con la desaparición.

Porque es omnividente, ante este numen fracasan nuestros ocultamientos. Pero si la autorrevelación total equivale a la destrucción, la única manera de evitarla es la encomienda de nuestra ánima a la divinidad, a Títlacahuan, pues de ella somos esclavos, “somos su gente”; ella es Teyocoyani, la que “inventa a la gente”. Por medio de este proceso metafísico simbolizado por el absoluto del espejo que nos refleja a nosotros, a las cosas, a la realidad, la fe en la propia deidad está garantizada y la deidad la monopoliza: cualquier resquemor o duda acerca de este dios es refractable a él mismo, se ve en él; descreyéndole, nos vemos falsos en él, y entonces nos perdemos. Nuestra integridad y supervivencia dependen precisamente de la certeza acerca de esta divinidad, de nuestra fe en ella.

A los frailes cristianos del siglo xvi les tuvo que haber costado un gran esfuerzo de imaginación plantearse el derrocamiento teológico de una deidad como ésta, para suplantarla por Jehová y Jesucristo, que sólo pagaban la infidelidad hacia ellas mismas con una amenaza infernal ultramundana, mientras los indígenas presenciaban la muerte ritual por sus propias deidades: los sacrificios diversos. Y de hecho, la abolición del culto a Tezcatlipoca no se consiguió anteponiendo una solución teológica que superara la férrea estructuración de la dialéctica de la fe de que era depositario. Se logró, sí, mediante una operación sencilla y burocratizada: satanizando a la deidad toda y a su culto; yuxtaponiendo la esfera del mal sobre la noción totalitaria de Tezcatlipoca. Eso sin embargo no hubiera tenido éxito, si la conducta toda llamada “del mal”, diseñada por los españoles, y cuyo epicentro en Nueva España lo ocupó Tezcatlipoca con otras deidades, no hubiera sido férreamente penalizada, con fuerzas y herramientas de carácter militar. No hubo pues una alternativa teológica más perfeccionada que la indígena, cuya fortaleza captara a los nativos de manera natural; hubo en cambio una imposición militar desde la religiosidad cristiana.

Pero en la noción divina de Tezcatlipoca está contenida la

ontología indispensable a toda alta religiosidad, y su desciframiento nos compromete a enunciar los valores propios de una cultura indígena que no solamente ignoraba la religiosidad occidental cristiana, sino que se contraponía a las leyes de organización social apoyadas en aquélla.

Así tenemos un dios reflector de la realidad; espejo en cuyo negro reflejo está determinada la realidad en función de los infinitos matices de interpretación de sí y del mundo, de todo aquel que se asoma a observar. El hombre es la medida del hombre a través de este dios. Y lo estrictamente humano entrevisto en el espejo oscuro, es la medida de la propia divinidad. Cristo, sacrificado por la redención de todos los hombres, es sostenido inerte por un cruz; Tezcatlipoca, a cuyas honras los hombres mismos eran sacrificados, sostiene un espejo donde ve al mundo y éste se observa en él. Con el cristianismo el hombre está redimido simbólicamente (Cristo en la cruz), y este proceso consintió la elaboración de una legislación tanto religiosa como civil, íntimamente relacionadas, atendidas más a la convivencia pragmática de los hombres, ya que el problema de la redención precisamente estaba resuelto en la simbología de la cruz; en el tezcatlipocaísmo nahua, la redención era una operación simultánea a la contemplación del numen, como la contemplación de uno mismo y de una conciencia inocultable. La fidelidad al dios supremo contenía una adhesión natural e incuestionable, y la reglamentación de la conducta implicaba una introyección: la punición a las faltas sobrevenía de una confesión espontánea que el sujeto ejercía frente al espejo. Por eso, mitológicamente, Quetzalcóatl cae en la cuenta de que debe dejar la opulencia y el poder en Tula, cuando se encara con Tezcatlipoca: éste es un viejo canoso y chaparro, es el propio Quetzalcóatl reflejado; entonces se convence (es convencido) de que ya es el tiempo del retiro.

El culto a Tezcatlipoca está determinado y expresado por la presencia simbólica del espejo, ya que el nombre nahua más importante de esta deidad (y a través del cual en primer lugar se le conoce hasta la fecha) quiere decir “espejo humeante”,

y ya que también en la saga mítica más importante en que interviene, el símbolo del espejo juega un papel primordial; tal es el caso del engaño de Quetzalcóatl en Tula, en donde la actitud de este último cambia a partir de la observación de un espejo de pirita.

Del espejo se ha dicho que es el símbolo de símbolos: quizá para el sacerdote nahua fuera también Tezcatlipoca, siguiendo esta lógica, el símbolo de los hombres, y por esto la incondicionalidad de su adoración: la deidad era como uno mismo; la realidad, como su imagen.

Si el cristianismo satanizó la idolatría arguyendo que era un modo de aplazar a Dios¹ puesto que se le substituía, la religión nahua construyó un ser cuya identidad fundamental era la humana: la deidad veía el mundo a través de su espejo, y el creyente se veía a sí mismo al contemplar a Dios. Hay que admitir sin margen a dudas, que las nociones mismas de idolatría, sus causas y sus funciones, eran absolutamente distintas en ambas culturas, la europea y la mesoamericana. Y es obvio que la utilización tan particular de la noción idolátrica que hizo España en América no significó más que una aplicación exacta de la política de la iglesia católica cuando había heretizado otras formas de representación religiosa, "idolátrica", de la propia Europa. Sin averiguar desde luego, que la "idolatría" americana tenía otra fundamentación teológica, ontológica y metafísica.

La cultura judeocristiana concibió el ídolo como una perversión: era el engaño que substituía el vacío del amado desaparecido.² Aun las disciplinas científicas más sofisticadas del mundo occidental (v. gr. la psicología) conservan una orientación moral cuyos fundamentos pasan por las nociones paleocristianas acerca del totemismo y la idolatría: ciertos disturbios de la mente humana son considerados "anormales", y la terapéutica lucha por redimirlos, cuando se manifiestan como una substitución simbólica de los deseos reales.³

En cambio la cultura nahua, con la noción divina de Titlacahuan, concibió al ídolo, por decirlo así, como una ventana por donde nos miramos a nosotros mismos y nos sorprendemos tal

como somos, sin los artilugios temporales a que obligan las vicisitudes diarias. Por esta virtud irrecusable del ídolo, le debemos toda fidelidad. Nuestra fe en él es absoluta y no hay margen a ninguna duda. Desde luego que esta noción tan particular de la “idolatría” que tuvieron los antiguos mexicanos, habría evolucionado depositándose en diversas ramas del conocimiento que sin duda alguna se habría desarrollado de no haber tomado el curso que tomaron los acontecimientos históricos con la conquista española. Pero fuera de una consideración lamentable sobre esta pérdida, lo que aquí importa es dejar en claro que la “idolatría” implica un conjunto de concepciones prefilosóficas de cada cultura, y que la singularidad propia de la mesoamericana no es susceptible de una descalificación elemental como la ejercida por los clérigos españoles de la época de la conquista, nada más aduciendo el carácter satánico de la misma, y obligando por la fuerza a reconocer como “el bien” la religiosidad cristiana y la idiosincrasia hispánica.

¿En qué nos fundamos para sostener que la clave de la significación de nuestra deidad radica en el espejo y sus consecuencias metafísicas? Antes anotamos que el nombre principal de la deidad era Tezcatlipoca, nombre que prevaleció hasta hoy por encima de tantas otras de sus advocaciones, que igualmente definía un nombre. Tezcatlipoca quiere decir “espejo humeante”; de *tézcatl*, “espejo para mirarse en él”,⁴ y *poctli*, *popoca*, humo, humear.⁵ La traducción tradicional de “espejo humeante” no tiene sentido, pero si pensamos en el “humo de un espejo” como un vaho y más precisamente, como una *emanación* del espejo, ésta no puede ser otra que el *reflejo* del espejo: la imagen que proyecta. Podría argüirse que la traducción también se ha tomado como “espejo ahumado” y que habiendo sido unas veces elaborados tales objetos con piritita negra, la alusión sea directa. Pero tenemos muchos argumentos para no creer que el significado de esta deidad se reduzca a esto. En primer lugar, esta reducción resultaría demasiado simple para cualquier deidad del universo, cuyas atribuciones son, en general, complejas; tanto que escapan a la comprensión de los propios creyentes; de ahí que haya una casta

sacerdotal como un conjunto de “iniciados” que *interpretan* la naturaleza del dios; escapan también a las apreciaciones “científicas” de estudiosos que investigan, mucho tiempo más tarde, esas realidades culturales. Así tenemos por ejemplo que la significación de Dionisos no ha dejado de ser, desde épocas remotas hasta nuestros días, no solamente variada, sino muchas veces contradictoria,⁶ a pesar de que el tema ha sido objeto de estudio de la historia, la antropología, la filología, etcétera.

Que Tezcatlipoca sea “espejo humeante” o “espejo ahumado”, es decir, oscuro, no elimina las cualidades propias, físicas y simbólicas, del espejo; además de que el ídolo del teocalli de Anáhuac, lo tenía de oro según consta en Durán: “tenía una chapa de oro muy pulido como un espejo llamada *itlachiayan*; “su mirador.”

Que el ídolo fuera hecho de obsidiana negra en Tenochtitlan, podría aludir a la idea de “espejo ahumado” (negro), si es verdad que la propia cualidad divina de la deidad era el sujeto mismo “emanado” de un espejo de pirita que devuelve una imagen oscura. Repitamos aquí una cita sobre las características de este dios, que concuerda con el color del ídolo, pero también con la idea de que lo propiamente divino suyo se daba en función de la reflexión del sujeto de un espejo de pirita.

“Era invisible y como oscuridad y aire, cuando aparecía y hablaba a algún hombre, era como sombra.”⁷

Invisible, si frente a él (espejo) la propia condición del enfrentamiento era a nosotros a quienes reflejaba; la figura humana reflejada en un espejo de pirita, es “como oscuridad”; la imagen del espejo, inasible, es como aire. Toda la situación ritual, confesatoria, y en catarsis de fe identificada con nosotros mismos, promovía una aproximación a la deidad en donde ésta *aparecía* “como sombra”.

Todas las fases rituales del culto a Tezcatlipoca apoyan la idea de una unidad substancial entre el hombre y la divinidad. De hecho, el sacerdote del templo consagrado a su culto, estaba vestido con los atavíos del numen, además de que era nombrado como él. Lo mismo ocurría con la víctima consagrada al sacri-

ficio en las fiestas de tóxcatl, que por un año era ataviado como la divinidad y recibía las deferencias que a ésta le correspondían.

El sacerdote se cuidaba muy bien de mentir frente al ídolo de Titlacahuan, y era severamente castigado cuando incurría en alguna falta en sus deberes sagrados. El sacerdote debía ser, pues, como el dios: la verdad misma, su reflejo impoluto ante el espejo.

De modo significativo, la víctima escogida para el sacrificio del tóxcatl, era un joven hermoso, sin tacha alguna, moral ni física: como el dios que era eternamente joven e inmaculado. Durán duda si acaso el ídolo transportado en andas durante los festejos, no fuera un hombre ataviado como Tezcatlipoca. Todo esto apunta a la identidad substancial del ser humano con la deidad; pero también, palmariamente, a otra idea antes expresada: que la experiencia idolátrica mesoamericana, era distinta a todas las nociones que los europeos tenían de idolatría.

Hay una cuestión de suma importancia que la historiografía sobre Mesoamérica no develó jamás: si acaso en la religiosidad autóctona hubo una noción y una posición determinada respecto de las herejías. Habiendo existido ésta en muchas religiones del mundo, cabe preguntarse si las características de las divinidades locales (en particular las antes anotadas respecto de Tezcatlipoca) bastaban para prever y reprimir toda forma de disidencia herética, o si por el contrario el ritual del sacrificio servía también para deshacerse de quienes plantearan dudas o interpretaciones distintas respecto de los dioses y su culto. Las faltas (y sus castigos) de los propios sacerdotes consagrados a Tezcatlipoca, hacen suponer que eventualmente habría podido existir una práctica condenatoria acorde a nuestra segunda hipótesis. Si así fuera, la férrea estructuración metafísica de la dialéctica de la fe en cada dios, aunada a las prácticas eliminatorias de las disidencias sagradas por los sacrificios, bien podrían explicar la inmutabilidad cultural que demostró la religión americana a través de siglos, y con ella, también la poca variabilidad cultural que se observa en los pueblos de Mesoamérica, sea en la arquitectura, la escultura, los aperos del trabajo agrícola, los usos y costumbres diversos, o en la idiosincrasia.

Si Tezcatlipoca es “espejo humeante”, el hallazgo de sentido a esta expresión críptica puede ser la consideración del humo del espejo como *una emanación*, y ésta, tratándose de ese objeto, no puede ser otra que la imagen reflejada. La imagen de un espejo sólo puede ser, en caso de seres animados, el *yo* y el *otro*. El otro es visible sólo a condición de una posible reciprocidad visual. Podemos ver a otro ser animado, sin que nos vea, a condición de su animalidad. Vemos a otro que nos puede ver, a distintos ángulos de simetría; y entre los tres fincamos los puntos de un triángulo. Un espejo conlleva siempre ese triángulo imaginario, que es su símbolo. Sin miradas, el espejo es un enigma sin fondo: un abismo, y en él mora la divinidad. En la identidad del yo que el espejo nos aproxima, abismal, campea la noción misma de la divinidad, entre redes.

Si el espejo es el distintivo simbólico principal del dios, el abismo y la red son otros secundarios. Observemos estos tres símbolos por separado y analicemos los significados que tenían en Mesoamérica, además del significado de su concentración en una sola entidad sagrada como la que nos ocupa.

Espejo

“*Especular* (lat. *speculari*, de *speculum*, espejo) era originalmente observar el cielo y los movimientos de las estrellas con ayuda de un espejo.”⁸ En muchas religiones, el espejo tiene función de reflejar la verdad, la sinceridad y la conciencia. Para los chinos, el espejo es como el sol, la luna, el agua, el oro. En San Pablo se lee: “nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma semejanza como por el espíritu del Señor.”⁹

Según Frazer, el agua como espejo fue un elemento de adivinación muy común en varias culturas, y esta particularidad o arte pasó a occidente procedente de Persia, en donde se popularizó. José utilizaba su copa mágica en donde, llena de agua,

adivinaba quién había sido el ladrón de algo determinado. En Egipto también se usó el espejo mágico.¹⁰ Lo que es claro es que los frailes-cronistas españoles que llegaron a Anáhuac, ya distinguían esa práctica mágica del espejo como hechicería y que esta distinción fue aplicada, además de otras, contra Tezcatlipoca. Si éste era una especie de dios del espejo, lo era por tanto, para los frailes, de prácticas hechiceras. Lo paradójico es que para los nahuas el espejo era un amuleto de los ladrones, y Tezcatlipoca un numen asociado y benefactor de quienes transitaban por las noches, los ladrones entre ellos. A pesar de sus matices diferenciables, en términos universales el espejo está asociado sagrativamente a la verdad, la conciencia, la identidad, la realidad, la fe.

Abismo

En griego y latín significa “sin fondo”. Es, igualmente, el mundo de las profundidades o el de las alturas indefinidas. Es el infierno galés e irlandés. Simboliza los estados informales de la existencia; caos tenebroso de los orígenes; pero al mismo tiempo, diametralmente, tinieblas infernales de los últimos días. Entre los sumerios, la morada del Señor del Mundo flota sobre el abismo. Entre los akkadios, la madre abismo dio a luz serpientes monstruosas. El monstruoso Leviatán bíblico es equiparado a un abismo. En todas las cosmogonías el abismo interviene como génesis y término de la evolución universal. Como los monstruos mitológicos, se traga a los seres para luego escupirlos transformados.

Red

En algunas tradiciones orientales, unos dioses están provistos de redes para coger a los hombres en sus lazos, para sometérselos o atraérselos. En Irán es el místico quien, al contrario del

hombre, se arma de una red para intentar captar a Dios; es pues un instrumento para acercarse a la divinidad. En muchos cultos solares la divinidad es simbolizada por un águila real, y la red es destinada a capturarla.

En Mesoamérica el espejo es un medio sagrado de conocimiento del universo y del hombre mismo. Es, también, el objeto que asegura la fe de los hombres en sus propias divinidades. Objeto del dios y del hombre al mismo tiempo. El primero ve al mundo con su espejo; el segundo se ve a sí mismo, tal como es, con el espejo sagrado. En Mesoamérica, la imagen del hombre en un espejo, es la imagen de dios. La imagen goza de una reconocida autonomía, la cual es un hecho sagrado. El espejo revela hechos consumados a los hombres: soy, fui; pero no hechos venideros. La fe divina está estructurada visualmente: dios es verdad, porque al ver al universo y a mí mismo, simultáneamente, yo lo veo a él, quien a su vez me mira.

El espejo no es, como en otras latitudes, un medio de adivinación de cosas futuras, no ocurridas; lo es en cambio de constatación. Y de constatación de hechos que si bien ya ocurrieron, aún no están presentes en la conciencia del sujeto.

El símbolo del abismo en la América precolombiana, a diferencia de su significado en el mundo grecolatino, no es una profundidad infundada, sino que tiene límites; éstos son la destrucción del ser por acción del propio fondo del abismo, o la transmutación del mismo ser en elementos remotamente predecesores o inanimados. Agua profunda, pero no infundada; abismo, es en náhuatl *áoztoc*, *amictlan*, *ahuecatlan*, *axoxohuilli*; también abismo, como cosa profunda y baja, pero no ilimitada, es *centlani*, *yxachicatlan*. Su significado en náhuatl es, pues, contrario al grecolatino. Tiene más relación con el de los sumerios, ya que la morada del Señor del Mundo, entre aquellos, flota sobre el abismo, sin duda como una especie de límite o medida.

El símbolo de la red en el mundo indígena, está íntimamente asociado al del abismo, y es un arma divina para sujetar al ser que se introduce más allá de sus propios límites; lo que quiere decir, en los límites que la propia divinidad pone al mundo. En

ese sentido, con la red la divinidad atrapa al hombre, y no a la inversa como ocurre en la simbología religiosa iraní. Así, el símbolo-red mesoamericano representa una excepción al uso que se le atribuye en muchos cultos solares, el cual, como referimos, sirve para capturar al águila real que es símbolo divino.

*Significados de los tres símbolos juntos
en Tezcatlipoca*

Se dice que frente a esta deidad, Tezcatlipoca (espejo humeante), no podemos ocultar nada; que estamos delante de un gran peligro en cuyo fondo hay fieras que nos pueden des- trozar, o lazos que nos atan.

Estamos pues ante un complejo simbólico compuesto por el espejo, el abismo y la red. En esta deidad, el orden simbólico está organizado por el hecho de haberse cifrado en ella la conciencia absoluta, la verdad sagrada, el conocimiento de sí y del mundo por vía de la reflexión por el espejo. El ser ve su propia realidad y la de su ámbito, y ésta no se puede velar o tergiversar. La prolongación de este ejercicio espiritual, es decir, la intención dubitativa, de inaceptación de lo observado de una vez por confrontación con el dios, nos transfiere a un abismo, nos despeña, y allá en el fondo, atrapados por una red, somos despedazados por fieras. La presencia divina, el espejo, garantiza nuestra propia fe en ella; somos la verdad que vemos, su negación nos aniquila. Por eso era nombrado Titlacahuan, que quiere decir "somos su gente",¹¹ "aquel de quien somos esclavos"; esto es, nuestra realidad, nuestra verdad reflejada y custodiada por la propia deidad, la peculiar dialéctica de la fe estructurada en la forma a que venimos aludiendo por especulación, en el complejo divino que nos ocupa. De regreso de este dios, por reflejo de él, somos; por eso se le llamaba también Teyocoyani: "el que inventa a la gente."

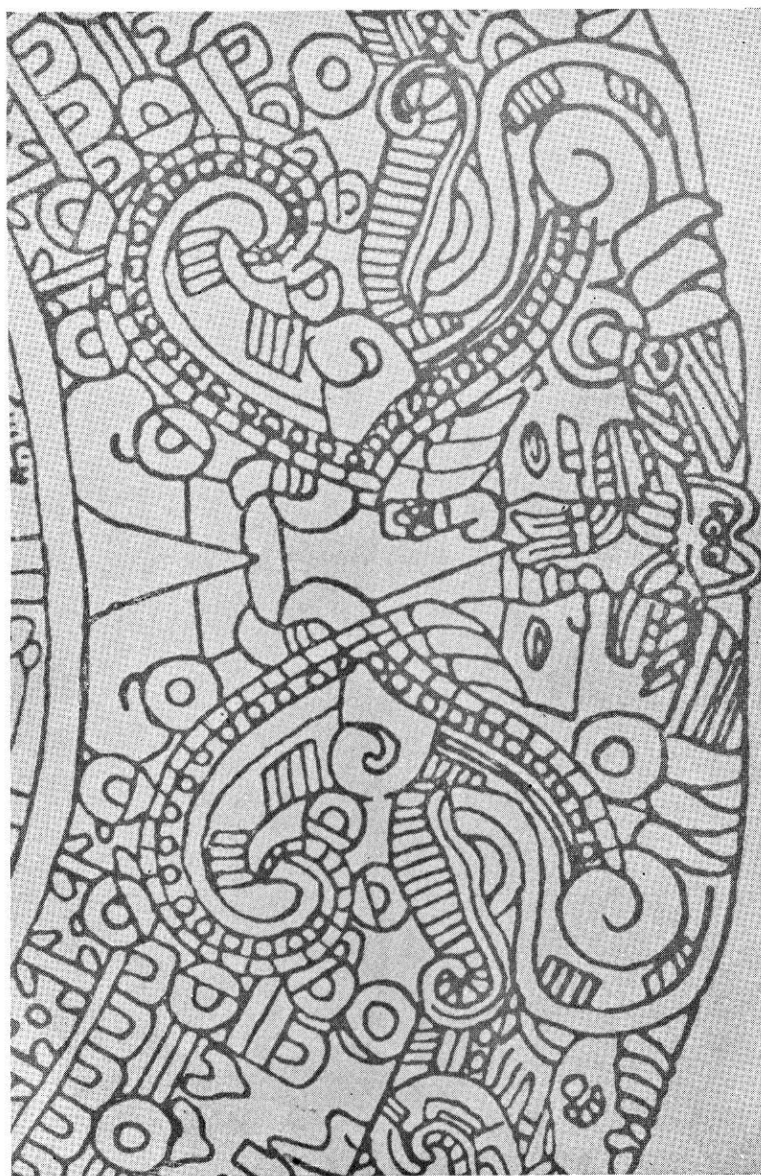
Nuestra imagen en el espejo es inasible. Nuestra verdad sagrada y última no la podemos aprehender del todo; por eso, otro modo de referirnos al dios es Moquequelo, "se equivoca o se engaña"¹² o "se burla".

NOTAS

- ¹ Cfr. *Sabiduría*, Antiguo Testamento.
- ² *Op. cit.*
- ³ Cfr. L. Barjau, "Colonización espiritual en México", en *Chicomóztoc, Boletín del Seminario de Estudios Prehispánicos para la Descolonización de México*, número 1, México, 1988.
- ⁴ Fray Alonso de Molina: *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y castellana*. Biblioteca Porrúa número 44, México, 1970.
- ⁵ *Idem.*
- ⁶ Marcel, Detienne, *La muerte de Dionisos*. Taurus Ediciones, Madrid, 1982.
- ⁷ Sahagún, *Historia General de las cosas de Nueva España*, Lib. III, cap. II, 1, pp. 194-5, Ed. Porrúa, México, 1982. ⁵
- ⁸ Chevalier, S. A. y A. Gheerbrandt. *Diccionario de los símbolos*, Ed. Herdes, Barcelona, 1986.
- ⁹ *Corintios*, II, 3, 18.
- ¹⁰ Frazer, J. G., *El folklóre en el Antiguo Testamento*, F. C. E. México, 1981, pp. 346 y 55.
- ¹¹ Salvador Díaz Cántora, comunicación verbal.
- ¹² Cecilio A. Robelo, *Diccionario de mitología nahoa*. Biblioteca Porrúa número 79, México, 1982.



Nacimiento de Tezcatlipoca.



Piedra del Sol. Detalle.